

Estados Unidos: Indiferencia demócrata hacia América Latina

Henry Raymont

Nueva York. Desde 1948 no se ha celebrado en Estados Unidos ninguna convención que lograra introducir nuevas pautas en la política exterior ni estimular un gran debate público, aparte de la candente interrogante sobre cuál de los dos partidos, el demócrata o el republicano, era el más agresivo en el enfrentamiento Este-Oeste.

Fiel a esa tradición, la reciente Convención Demócrata se mostró claramente indiferente ante la confusa situación mundial, ahora que el espectro del comunismo pasó la historia, por lo menos para el grueso del público norteamericano.

Inmediatamente, y con razón, los comentaristas de asuntos internacionales de los más prestigiosos periódicos de Estados Unidos reaccionaron exasperados.

"Entre la cascada de retórica sobre asuntos pequeños y grandes, una palabra brilló por su ausencia durante la reciente Convención Demócrata: Yugoslavia... el conflicto más serio que hay en el mundo", apuntó Gerald F. Seib, del *Wall Street Journal*.

Más amplia fue la crítica de Stephen S. Rosenfeld, el veterano columnista del *Washington Post*, quien destacó que las dificultades económicas mundiales y domésticas están forzando a Estados Unidos a reconsiderar su política "protectora" hacia Europa. Rosenfeld teme que "una visible y creciente corriente aislacionista" llevará al debilitamiento de la Alianza Atlántica. Este es un peligro, advierte, que requiere "la inmediata atención de los líderes políticos".

Por su parte, el reconocido analista internacional del *New York Times*, Les-lie H. Gelb, deploró que en la Convención haya faltado interés sobre los asuntos internacionales. Subrayó este hecho al destacar que el gobernador Clinton dedicó apenas 141 palabras a la situación mundial de las 4 mil 250 que contenía su discurso de aceptación de la candidatura presidencial de su partido. El columnista consideró este hecho como "una horrenda negligencia acerca de los asuntos internacionales".

Evidentemente para el grueso de los comentaristas estadounidenses, hablar de política exterior es hablar de Europa, Asia o el Medio Oriente. Latinoamérica los tiene sin cuidado, al menos que se trate de Fidel Castro, alguna revolución o una catástrofe. Eso no es ninguna novedad. Así ha sido el discurso político en Estados Unidos desde que Truman asumió la Presidencia, o sea durante los últimos 46 años, con la sola excepción del breve periodo de John F. Kennedy.

No cabe duda que hay mucho para criticar sobre la carencia de atención a la política exterior en la Convención de Nueva York. En el breve espacio que Clinton le dedicó en su alocución de casi una hora, los temas a que se refirió fueron tan ambiguos como escasos. La única referencia a Latinoamérica fue aquella frase diciendo que no le gustan las dictaduras.

Era de esperar, que en la retórica de la Convención -y de la campaña electoral, por lo menos hasta la fecha- la posición demócrata en política exterior no esté a la altura del proyecto de reformas internas que plantea Clinton con su altisonante lema de *New Conve-nant*.

Sin embargo, la prueba de un proyecto político no se remite ni a su volumen de palabras ni a su elocuencia; depende más bien de cómo el orador se relaciona con la realidad política de su pueblo y del mundo. Y en este momento esa realidad requiere una mayor introspección, para conocer cómo andan las cosas por casa.

Lo que brilló por su ausencia en la Convención Demócrata no fue tanto la palabra "Yugoslavia", que por cierto refleja la visión eurocéntrica de nuestros analistas, sino más bien otros conceptos que en una época anterior abundaban en la plataforma demócrata como "Latinoamérica", "sistema interamericano" (hoy Organización de Estados Americanos), y más que nada, "solidaridad hemisférica", "respeto mutuo", y "amistad y cooperación", "acabar con el flagelo de la pobreza y la injusticia". Este es esencialmente el vocabulario que introdujo en la política exterior norteamericana nada menos que el gran patriarca del Partido Demócrata moderno: Franklin Delano Roosevelt.

No es que la Convención se haya olvidado de "FDR". Por el contrario, no hubo orador que no invocara la memoria de Roosevelt con su *New Deal*, ese extraordinario programa de reformas económicas y sociales que salvó a Estados Unidos de la *Gran Depresión* en los años treinta. Lo que quedó en el olvido fue la importancia que para Roosevelt tenían las relaciones con Latinoamérica y la habilidad con que éstas se manejaron durante los 12 años de su presidencia.

Baste recordar el elocuente discurso de Franklin D. Roosevelt del 4 de marzo de 1933, día en que asumió el primero de sus cuatro mandatos. En esa ocasión resumió su plataforma de política exterior no en las meras 141 palabras que lamentaba Gelb, sino en unas pocas que se convirtieron en un apotegma clásico: "Dedicar esta nación a la política del *Buen vecino*. El vecino que resueltamente se respeta a sí mismo y, por eso, respeta el derecho de los otros, el vecino que respeta sus obligaciones y la santidad de los tratados...".

La frase anunció un cambio radical en la política hacia Latinoamérica, propiciando la década de mayor

acercamiento que hayan conocido los países del hemisferio en este siglo. El siguiente acto más importante del gobierno de Roosevelt fue la sorpresa que el secretario de Estado Cordell Hull llevó a la séptima Conferencia Panamericana en noviembre de 1933, en Montevideo. Allí, por orden de Roosevelt, firmó la solemne acta donde se proclamaba que "ningún Estado tiene derecho de intervenir en los asuntos de otro...".

En sus instrucciones a Hull, el presidente enfatizó que "en la medida en que podemos categorizar a las relaciones exteriores de Estados Unidos, la política panamericana ocupa el primer lugar en nuestra diplomacia".

La satisfacción de los delegados latinoamericanos a la conferencia no tuvo precedentes. Hull comentaba en sus memorias: "Debimos preparar el camino para una gradual restauración de la confianza y la amistad como también de una mayor cooperación por parte de todas las naciones latinoamericanas, no sólo para con nosotros, sino también entre ellas. De hecho, nuestra labor era crear todo un nuevo espíritu".

Muy pronto la Declaración de Montevideo fue consagrada por actos concretos (el retiro de los *marines* de la República Dominicana y Haití, la renuncia a la Enmienda Platt que le otorgaba a Washington el derecho de injerencia en la política de Cuba). La desconfianza hacia las pretensiones hegemónicas de Washington no fueron enteramente removidas, pero el cuadro de las relaciones interamericanas fue eminentemente más alentador.

Lo que demuestra el antecedente de la política de Roosevelt es que por lo general la retórica de las convenciones no necesariamente refleja la política exterior que vendrá. En efecto, las políticas exteriores de los dos grandes partidos no se definen ni por el número de palabras que ocupan en los discursos de inicio de mandato -que siempre es mucho menor que el del programa doméstico- ni en ningún género de detalles, sino, como lo dijo Hull, más bien por su espíritu.

Sin embargo es digno de comentario (cosa que no ocurrió en ningún medio informativo norteamericano) que en la Convención Demócrata de 1992 donde se erguía otra vez la memoria de Roosevelt como marcando los rumbos espirituales del partido, no hubo una sola palabra sobre su política hacia Latinoamérica, política con la que más se identificó dentro del ámbito de lo internacional, durante los ocho primeros años de su mandato. Es notorio cómo esta falta de atención hacia los asuntos hemisféricos se arraigó en la cultura política estadounidense durante las cuatro décadas de la *guerra fría*.

Lo que sin embargo no deja de ser asombroso, y políticamente contraproducente, es cómo con el fin de la *guerra fría* y el advenimiento de una nueva configuración internacional, el Partido Demócrata aún no haya considerado oportuno retomar la idea de la comunidad hemisférica que tanto preconizara Roosevelt.

Sorprende, particularmente en vista del repunte que ha vuelto a cobrar la tendencia regionalista con la Comunidad Europea y la Cuenca del Pacífico en los otros continentes.

Tampoco es buen augurio que los líderes demócratas hayan hecho caso omiso del reto presentado por la iniciativa del presidente Bush para un mercado común con Latinoamérica, cuyo mayor paso ha sido el proyecto del Tratado de Libre Comercio con México y Canadá.

Lo cierto es que por su propia falta de firmeza en el asunto de los *contras* y la invasión a Panamá, los líderes demócratas no pueden explotar debidamente las violaciones de Reagan y Bush de algunos principios básicos del sistema interamericano, como ser el de la no-intervención y el respeto por la soberanía de las demás repúblicas americanas. También podrían criticar a Bush por la poca atención que ha prestado a las apremiantes condiciones sociales y económicas que afligen a muchos de los países vecinos, comparadas con la formidable ayuda que proyecta para los países de la antigua Unión Soviética.

Lo que queda en claro es que el joven binomio Clinton-Gore tiene una oportunidad sin precedentes para reconstruir y desarrollar el sistema interamericano de manera diferente y más equitativa y sostenida. Queda por ver si la sabrá aprovechar.

En todo caso, la geografía política y económica del mundo está en proceso de rápida y dramática recomposición y ésta tiene efectos directos e inmediatos en la orientación de las naciones americanas. Sería conveniente que el equipo de Clinton hiciera un examen de conciencia y recordara la idea hemisférica como la planteó el presidente Roosevelt: que el ámbito natural para Estados Unidos no es Europa, de la cual se independizó para crear otro tipo de sociedad, sino conformar una comunidad con las otras naciones de este Nuevo Mundo, que también se independizaron de los imperios europeos para comenzar a construir sus propias civilizaciones mestizas.

Es necesario para Estados Unidos retomar una política americanista más activa e incluyente, particularmente cuando con motivo de la gesta del Quinto Centenario España ha creado una bella retórica alrededor de una comunidad cultural iberoamericana, que lamentablemente no sustituye las realidades geopolíticas y económicas que enfrentamos en la década de los noventa y en los años 2000. Pero ese debe ser tema para otra columna.

Henry Raymond es investigador en el Joan Shorenstein Barone Center on the Press, Politics and Public Policy del John F. Kennedy School of Government de la Universidad de Harvard. Por muchos años fue corresponsal del *New York Times* en varios países de Latinoamérica. Actualmente trabaja en un libro para el Twentieth Century Fund sobre relaciones Estados Unidos-Latinoamérica desde Roosevelt a nuestros días.